

CAPITULO V

¿MONARQUIA ABSOLUTA?

1. La capitulación sindical

La represión desatada tras la huelga de marzo puso en evidencia la incapacidad del sindicalismo para enfrentar al gobierno. De ahí que un sector de la C.G.T. intentara construir una opción participacionista, aliada al gobierno, aunque crítica de la política económica. Entre los inspiradores de la misma se encontraba el líder lucifuercista Juan José Taccone. Años después ese dirigente afirmaría: "nosotros propiciábamos una auténtica participación... y presentamos un proyecto de creación de un Consejo Económico y Social acerca del cual conversamos largamente con el ministro del Interior, doctor Borda. El estuvo de acuerdo... Pero finalmente nada se hizo." (Nelson Domínguez, *Conversaciones con Juan José Taccone*).

Taccone sigue diciendo que "al movimiento de marzo de 1967 siguieron medidas represivas del gobierno y las relaciones con los sindicatos entraron en una faz crítica". Dentro de la crítica "desde adentro" de la revolución, los sindicalistas participacionistas se reunieron días después con el presidente. En esa reunión, Taccone le dijo "con franqueza lo que sentía. Si usted me permite... voy a expresarle con toda sinceridad mi pensamiento. Yo creo que usted no es liberal, pero... lo han enredado en una madeja liberal de (la)... que no va a poder salir, a menos que tome a tiempo drásticas medidas... Y cuando llegue el momento, cuando a usted esté desgastado, como los liberales a usted no lo quieren, lo van a tirar abajo y el presidente... va a ser Aramburu." (*Conversaciones*). Las palabras del sindicalista serían proféticas, aunque hay que observar que las recordaba en 1977, después de haberse cumplido la profecía. De todos modos, expresan el pensamiento del participacionismo, del que Luz y Fuerza no tardaría en retirarse decepcionado.

Fuera del participacionismo, llamado oficialmente Nueva Corriente de Opinión, quedaban los vanderistas, paralizados y sin respuesta, que poco después se reunificarían con el sector alonsista de las 62, unidos por la misma impotencia. Es cierto que había además una "izquierda" sindical, representada por Amado Olmos y Di Pascuale, pero tan impotente como los demás.

Al terminar 1967, Onganía incluiría el tema gremial en su mensaje de fin de año. Después de enumerar logros tales como la contención y disminución del déficit presupuestario, la reducción

de la pérdida de los ferrocarriles, la estabilidad monetaria o la "racionalización" de la administración pública, afirmaría que el sindicalismo "ha comprendido" la transformación en marcha. No le quedaba otro remedio.

2. Perón en la oposición

No sólo el sindicalismo había comprendido. Los partidos políticos estaban disueltos, lo que a nadie importaba mucho, y el relevo de Pistarini había demostrado el sometimiento del ejército, origen del poder, al autócrata. Se vivía una verdadera *Pax Romana* —u onganiana, si se permite el neologismo— y daba para suponer que duraría muchos años. Tal vez los diez o veinte necesarios para que se muriera el incómodo exiliado de Madrid.

Este, que había asumido una actitud cautelosa en junio, nunca había estado entusiasmado por la Revolución Argentina. El compromiso inicial del vandomismo con el régimen amenazaba con descolocarlo, pero a tres meses del gobierno de Onganía, Perón hacía las primeras declaraciones críticas. Y no eran suaves: había llamado al gobierno "gorila y reaccionario". El 17 de octubre, al intentar festejar los veintiún años del "Día de la Lealtad", los peronistas fueron duramente reprimidos. El líder endureció aún más su posición, alentando la reunificación de las 62 y girando de a poco hacia el apoyo a los sectores juveniles y combativos del movimiento.

Page (*Perón*) dice que la casa del general "se había convertido en un imán que atraía a los visitantes argentinos. Aunque a veces se quejaba de que era tratado como una atracción turística, el rito de ofrecer audiencias en su living room constituía una parte esencial de su día de trabajo y él disfrutaba de ese caudal constante de peregrinos que llegaban a su puerta". En 1967 envía una carta a los jóvenes peronistas que realizaban un congreso. En ella comienza a hablar de la necesidad de una revolución generacional, a la que llamará "trasvasamiento".

En el campo gremial, Perón se iba acercando a quienes tenían las posiciones más críticas frente al gobierno de Onganía, lo que lo llevaría en 1968 a apoyar al sector de Raimundo Ongaro.

Atento lector de la problemática de su tiempo, Perón se acercaba a las posiciones antiimperialistas revolucionarias desarrolladas con el ejemplo de Fidel Castro y de la guerrilla guevarista. Se afirmaba en las posiciones latinoamericanistas sostenidas en su gobierno; por ese entonces publicó *Latinoamérica, ahora o nunca*, y la aparición del concepto del Tercer Mundo, se vinculaba de algún modo con la Tercera Posición, alejada de ambos imperialismos, de los años 40 y 50.

3. El ejército encuadrado

Onganía vivía la plenitud de su poder, apoyado en un ejército que todavía no había empezado a preguntarse por qué compartía la responsabilidad del gobierno, sin compartir ni siquiera una parte de su ejercicio. La compensación la recibían muchos oficiales retirados. Algunos se habían ido incorporando a los directorios de las empresas. No todos entendían de negocios, pero nadie mejor para abrir puertas oficiales que un general, un almirante o un brigadier.

Muchos otros se desempeñaban en cargos públicos de jerarquía acorde a cada grado. Esto se prestaba, si no a la corrupción, al menos a corruptelas tales como el cobro de dos sueldos.

También aparecerían hechos más graves, como el descubrimiento de la complicidad de altos jefes de la Fuerza Aérea en la concesión de los "free-shop" de los aeropuertos de Ezeiza y el Aeroparque Jorge Newbery de Buenos Aires a una sociedad, cuyos integrantes eran famosos por su escaso respeto de la legislación aduanera.

Peor fue la vinculación comprobada del comandante en jefe de la armada con el *pool* naviero norteamericano capitaneado por Granville Elliot Conway, ya que el tema tenía que ver con el vaciamiento de la flota mercante.

Onganía, más allá de tales preocupaciones se ocupaba de conducir las grandes líneas de la transformación de la Patria. Claro que sin descuidar los pequeños detalles. Según Roth, que no lo quería mal, "se preocupaba por temas que entonces despertaban poco interés o escasa inquietud: la protección del elefante marino en Chubut, la vicuña en La Rioja, el yacaré en Misiones... y (en oportunidad de discutir la construcción de Salto Grande) se hizo explicar cómo los dorados iban a remontar la represa." (*Los años...*).

4. Anticomunismo, libertad de prensa y moral ciudadana

El 25 de agosto fue promulgada la Ley contra las actividades comunistas, como correspondía a un gobierno que adhería a la doctrina de la seguridad nacional y al concepto de fronteras ideológicas. La norma, como siempre, favoreció la estrategia de los stalinistas criollos, que de ese modo lograban la tan ansiada clandestinidad.

La relación del régimen con la prensa fue la lógica para la mezcla de liberalismo y autoritarismo que caracterizaba al gobierno. Los meses de octubre y noviembre, gobierno y justicia se dedicaron a un juego consistente en la clausura de periódicos que hacían críticas desagradables para el ejecutivo y levantamiento de las mismas por la justicia. Claro que cuando la justicia se demoraba, los editores salían con el nombre cambiado. Esto ocurrió con el periódico *Prensa Confidencial*, al que los mal pensados vinculan con los servicios de la Marina, que se llamó *Prensa Libre* y *Prensa Nueva*, hasta regresar en mayo del 68, autorizado por la Suprema Corte.

Azul y Blanco, que había recibido con alegría la Revolución Argentina, era un furioso opositor cuando el gobierno lo clausuró el 27 de octubre. Terminaría autorizado y llamando irrespetuosamente "la jangada" al gobierno (por tratarse de un montón de troncos a la deriva). Siguió saliendo.

La moral y las buenas costumbres fueron preocupación temprana. El 22 de julio de 1966 había sido designado el comisario. Luis Margaride como "custodio de la moral", tarea que tomó muy a pecho. El policía se encargó de perseguir, en el sentido represivo del término, a las jóvenes que usaban la minifalda, prenda de reciente aparición, y de hacer cortar las crenchas a los hombres pelilargos. Las "boites" debieron emplear luces dignas de iglesias, y fue prohibida la ópera *Bomarzo* de Mujica Lainez y Ginastera.

A pocos días de asumir el gobierno, el humorista Landrú, que se desempeñaba sin inconvenientes desde 1955 (Perón no había sido amigo de que le tomaran el pelo), publicó una caricatura de Onganía, con forma de morsa de abundantes bigotes, en la tapa de su revista *Tía Vicenta*. El inocente chiste pareció un delito de lesa majestad y el 20 de julio, *Tía Vicenta* fue clausurada.

5. Profundizar la Revolución

El 5 de marzo de 1968, Onganía reunió a ministros, secretarios, funcionarios de alto rango y altos oficiales de las Fuerzas Armadas. Ante un total de unas 200 personas realizó un análisis crítico de la marcha de la Revolución. "La exposición del presidente adquirió un tono admonitorio y no tuvo empacho en formular severas críticas que pusieron de relieve su descontento. Habló de la urgente necesidad de dinamizar el proceso revolucionario", aunque no aclaró cómo, "señalando

que el funcionamiento del Estado era caótico." (Gerardo Bra, *El gobierno de Onganía*). Ante los retos presidenciales hubo renunciadas. No fue el caso de Krieger Vasena.

El 23 de agosto, el presidente, mediante un golpe espectacular, reafirmaba su condición de autoridad única de la Revolución: determinó el relevo de los comandantes en jefe, es decir de aquéllos a quienes debía su propio poder. El brigadier Adolfo Teodoro Álvarez reemplazó a Jorge Martínez Zuviaría, en la Fuerza Aérea, el almirante Pedro Gnavi a Benigno Varela, y Alejandro Lanusse a su camarada y amigo Julio Alsogaray en el Ejército. Alsogaray se marchó señalando que la responsabilidad de la revolución, en especial en el desemboque democrático de la misma, recaía ahora sólo en Onganía.

Gritos y susurros desde la cultura

A mediados de la década de 1960, el campo de la cultura dio muestras de vida, a veces con gritos, y otras, con susurros. La tendencia en el arte llamada "pop" marca la época, al menos en Buenos Aires. Una revista porteña, orientada hacia la clase media ilustrada, ofreció —por agosto de 1966— una cobertura sobre dichas expresiones, con notas tituladas: "Pop: ¿una nueva manera de vivir?" y "Sociología del Pop".

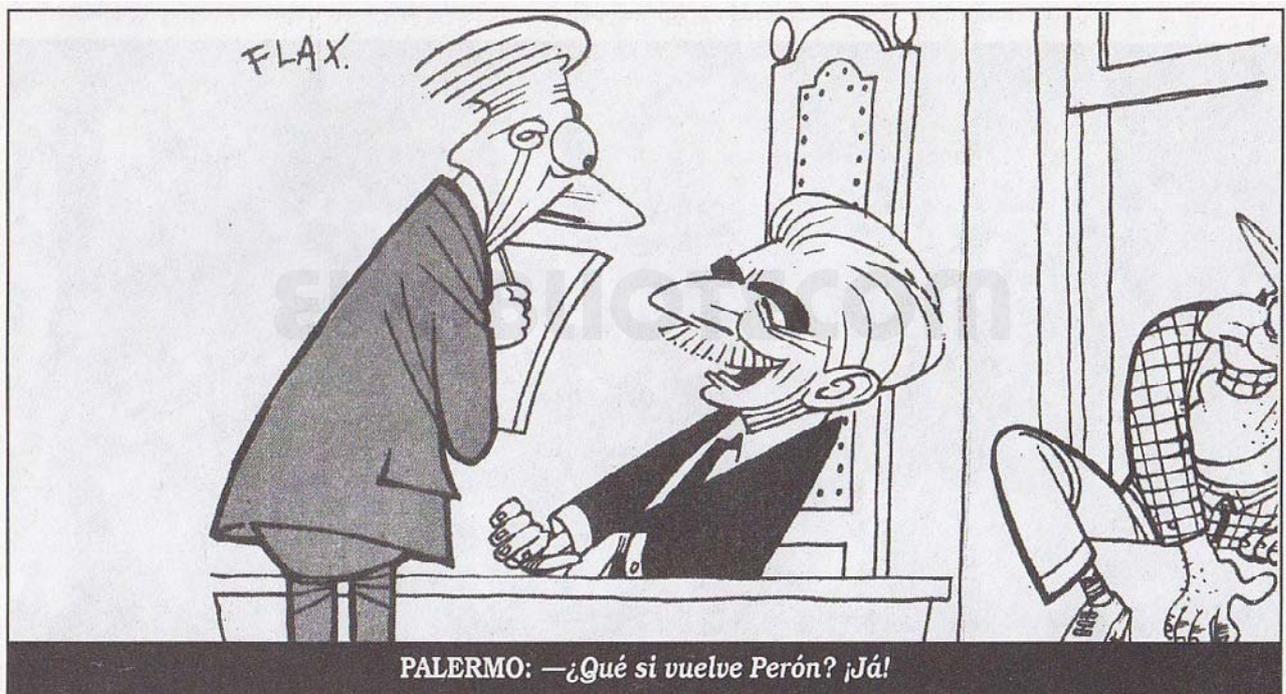
Escenario de las fiestas llamadas "happening" fue el Instituto Di Tella, y su sacerdotisa suprema, Marta Minujín. En realidad, el "pop-art" (apócope de "popular art") había entrado en la historia con la Bienal de Venecia de 1964, donde Robert Rauschenberg hizo famosa una cabra embalsamada y con el cuello ceñido por un neumático.

Pero ese año de 1966 fue también rico en literatura. Basta mencionar algunas de las obras aparecidas: "Una luz muy lejana ", de Daniel Moyano, un porteño criado en Córdoba y radicado en La Rioja; "Heptamerón ", "El poema del robot" y "Cuaderno de navegación", de Leopoldo Marechal; "Trabajo y alienación ", de Carlos Astrada, filósofo cordobés, de 71 años a la sazón; Bernardo Kordon publicó "Un día menos"; Nicolás Olivari, "Mi Buenos Aires querido ", su libro póstumo; y dos escritoras bonaerenses continuaron su labor poética: María Granata, con "Color humano" y Aurora Venturini, con "Muerte del lobizón y pariciones ".

Además, tuvo mucho que ver con el auge editorial la labor cumplida por Jorge Álvarez, desde su reducto de la calle Talcahuano.



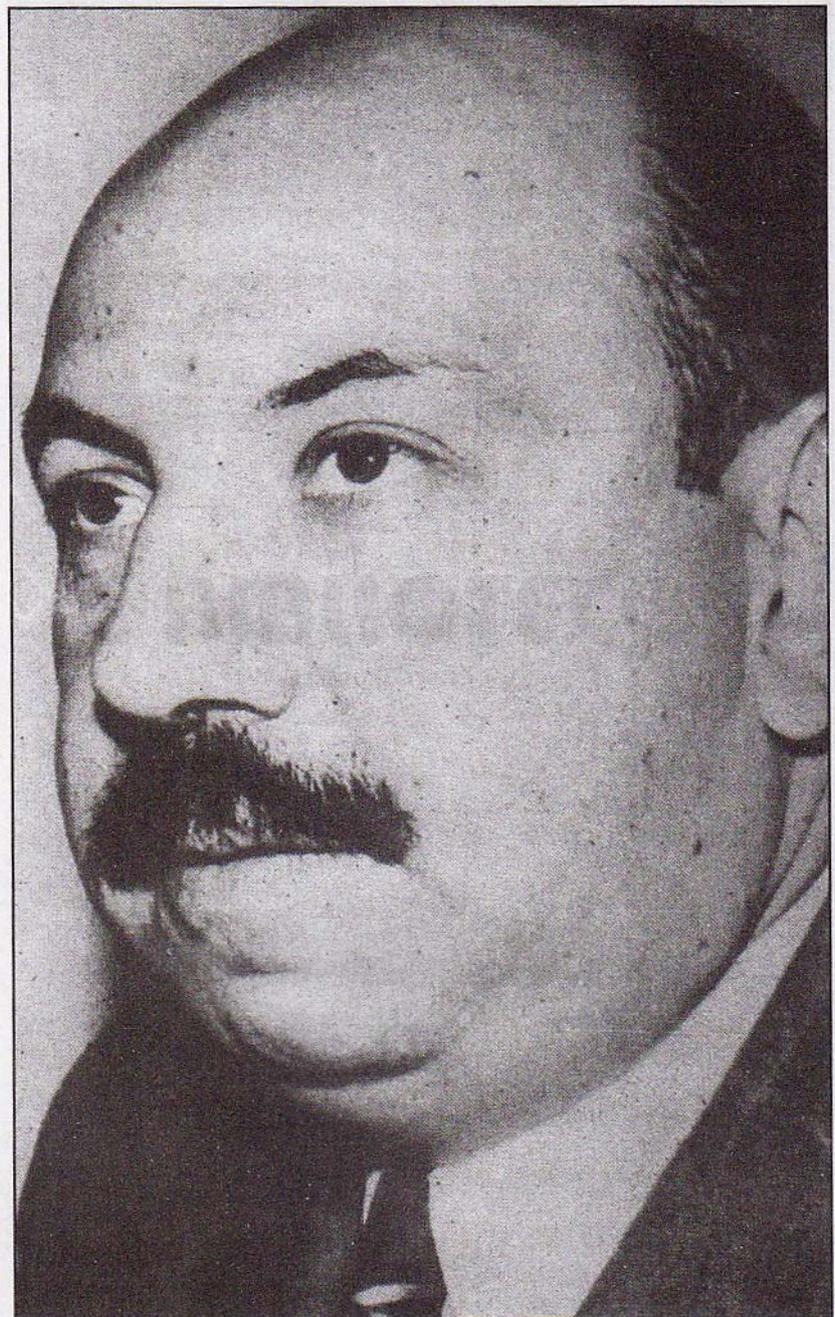
El coronel Federico Gentiluomo y sus hijos, ante el cadáver de la esposa asesinada. Octubre de 1965.



La vuelta de Perón, por Flax, 11 de enero de 1966.



Coronel Juan F. Guevara, el "Tu", 1965.



Doctor Facundo Suárez, vocero de Balbín ante Perón, 1967.